

JAVI ARAGUZ

EL MUNDO DE
KOMORI

3

LA GUERRA DE LOS VIENTOS



El mundo de Komori: La guerra de los vientos
© del texto y las ilustraciones: Javi Araguz, 2010
© 2010, Mare Nostrum Comunicación, S.A.
comercial@editorialmarenostrum.com
www.editorialmarenostrum.com
www.elmundodekomori.com

ISBN: 978-84-92548-29-3
Depósito legal:

Imprime:
Impreso en España

La presentación y disposición de la obra son propiedad del editor. Reservados todos los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea éste electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación, fotocopia o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de los titulares de los derechos.

*Y al final, ya no importará nada.
Habrás aprendido la más cruda de las lecciones
y emprenderás el último camino.*

*Sin retorno.
Sin mirar atrás.
Sin rendirte.*

DIARIO



A oscuras

Querido diario,

«Bienvenida, hija mía». Esas tres palabras me han cambiado la vida. Nunca podré olvidarlas. Las tengo grabadas a fuego en mi memoria y en mi pecho. Me producen dolor, curiosidad y desconcierto a partes iguales. No puedo ser hija del emperador de los hombres-gato. No quiero serlo, no debo serlo. De ninguna manera.

Ya han pasado tres semanas desde que me encerraron en esta celda oscura y llena de moho. Los gritos del resto de reclusos son la melodía que me acompaña día y noche, y un único rayo de luz, que se cuela fugazmente por una de las estrechas aberturas del techo, mi única ayuda para escribir en este diario que, quién sabe por qué, me han permitido conservar.

Los Gatos me dieron la bienvenida para poco después apresarme. Ahora me siento como Edile, mi mejor amiga, la princesa vampira a la que una vez rescaté de su malvado padre, el rey de Këvlar.

Crucé el Margen para salvar a mi abuela y he acabado como ella. No sé dónde está, ni siquiera si se encuentra bien. Mi plan ha sido un verdadero fracaso, estoy segura de que Ula y la Resistencia de la Grieta no me lo perdonarán nunca. Les robé la cáscara de la Semilla que tanto les costó proteger. ¿Cómo he sido capaz de cometer un error así? ¿Por qué me dejé llevar por la ira sin pensar antes en las consecuencias?

Ahora sé que Ceniza es uno de ellos, un sucio traidor en el que llegué a confiar y por el que sentí algo de lo que me avergüenzo. Y echo de menos a Sebastian; le abandoné creyendo que era la

única forma de protegerlo, pero ahora, encerrada con las ratas, me doy cuenta de lo mucho que le necesito.

También desconozco el paradero de Grimo, de Zigo, e incluso si Edile sigue viva. ¿Habré perdido a mis amigos? No lo sé. No sé qué me deparará el destino, sólo que salir de aquí no me resultará nada fácil.

«Hija», esa palabra sigue flotando en mi cabeza. Partiéndome el alma, dejándome a oscuras.

PRIMERA PARTE



Gatos

INVISIBLE

BIRTON SABÍA que Komori había abandonado Siloria. Sin embargo, el erizo creyó necesario ir a visitar su roble para asegurarse de que el temporal no le había afectado.

Lo que el leyendador no podía imaginar es que, cuando llegara al barranco donde la bruja plantó su hogar, éste ya no estuviera allí.

—Pero... ¿dónde se ha metido? —murmuró desconcertado.

Birton avanzó algunos pasos para comprobar el terreno y, donde antes se encontraba la entrada, topó con algo que le hizo tropezar.

—¡Oh! —exclamó—. ¿El roble se ha hecho invisible? —dedujo, imaginando que había chocado con la puerta.

—No. Ese árbol ya no está aquí —sugirió una voz.

Cuando el erizo se recuperó del susto, se incorporó para buscar, sin éxito, el cuerpo del que provenía aquella misteriosa voz.

—No me vas a encontrar. Yo sí soy invisible.

Birton arqueó una ceja y después se acomodó los lentes en el hocico, comprendiendo que había chocado con él.

—¿Quién eres? —preguntó al fin.

—El cartero. Sólo el cartero —dijo, tendiéndole una mano que el erizo tuvo que tantear antes de que le sirviera para ponerse en pie.

—No lo entiendo. ¿Adónde ha ido? —dijo Birton.

—No lo sé. Supongo que se ha marchado —le respondió el cartero, encogiéndose de hombros a pesar de que nadie le podía ver.

—Pero eso no tiene sentido. ¡Un árbol no puede largarse sin más! —exclamó el erizo.

Mientras tanto, el roble de Komori atravesaba a toda velocidad el Bosque Encontrado, el lugar donde la bruja y sus amigos hallaron la antigua comunidad de hirbas en una de sus primeras aventuras.

Sus gruesas raíces se movían frenéticamente, como cientos de extrañas patas que lo asemejaban a una especie de pulpo de carreras. Sus ramas chocaban con el resto de árboles del bosque, haciendo caer a algunos de los castaños más torpes, y sus hojas, amarilleadas por el frío, flotaban con el viento como una estela dorada que no tardaría en tapizar el suelo. El árbol estaba huyendo, pero su nueva inquilina aún no sabía de qué.

—¡Aaaaaaaaahhh!

En el interior del roble de su hermana, Vainile gritaba con un chillido agudo y constante. Tenía miedo, no sabía por qué el hogar que decidió invadir había empezado a correr sin previo aviso. Hasta donde ella sabía, los árboles no hacían eso.

A la niña le resultaba difícil permanecer en pie. Se sentía a bordo de un navío en alta mar, luchando contra una fiera tormenta. Trataba de agarrarse a cualquier cosa para mantener el equilibrio, pero el roble de Komori seguía agitándose violentamente con cada paso que daba.

—¡Estúpido árbol! —maldijo.

Los tarros de conserva de una de las estanterías cayeron al suelo pringándole los pies y haciéndole resbalar.

—¡DETENTE! —le ordenó malhumorada, mientras se revolcaba en el charco de compota.

El roble siguió su camino mientras la niña esquivaba toda clase de peligrosos útiles de cocina. Tenedores, cuchillos y cazuelas cayeron de los estantes hasta que decidió cerrar los ojos e invocar a la magia.

—Vamos, vamos... ¡Detente de una vez! —refunfuñó.

El roble seguía zarandeándolo todo, pero, cuando abrió los ojos, Vainile descubrió que la cubertería de su hermana se había quedado paralizada en el aire. Tragó fuerte y después observó cómo un puñado de cuchillos, cuyo filo estaba muy cerca de sus mejillas, empezaron a temblar, advirtiéndole de que en unos segundos caerían sobre ella.

Entonces, la niña dijo en un último esfuerzo: «Detente... por favor».

De pronto, el roble aminoró su marcha hasta quedarse completamente quieto. «*Por favor*», probablemente esas habían sido las palabras mágicas. Vainile se retiró a tiempo para que los cuchillos sólo le arañaran el muslo y, una vez se hubo incorporado, miró a través de la ventana de la cocina. Estaba en una especie de bosque, y el roble de su hermana había extendido las mismas raíces que utilizaba como patas para absorber lentamente el agua de un lago.

«¿Tenía sed?», pensó Vainile.

La niña se puso en pie y revisó su aspecto en un espejo roto, dedicando algunos segundos a peinar su cuidada melena rubia y devolver la forma a su bonito vestido de color granate. Después, abrió la puerta principal y salió por fin al exterior.

—¡Maldito roble! —vociferó, asestándole una patada.

NO ME DEJES SOLO

DESDE QUE Sebasthian partió a la búsqueda de Komori, el chico-calabaza no había podido quitarse de la cabeza las palabras de Mâus, el mago de la tortuga y nuevo líder de la comunidad aidún: «*Sebasthian, tú, y no Komori, eres la Semilla de la Redención. Siempre lo has sido*».

El muchacho sabía que no estaba preparado. Nunca había tenido madera de líder. Al contrario que Zigo, él no quería ser un héroe y sabía que sus conocimientos sobre magia e historia de Zoa eran limitados. Así que, ¿por qué él? ¿Por qué otorgarle una responsabilidad tan grande a alguien que no sabe qué hacer con ella? Definitivamente, aquello no tenía ningún sentido.

—Vamos, aguanta. Sólo un poquito más —dijo Sebasthian con voz cansada.

Tiraba del caballo que Sigrif le había prestado. Era un animal de gran resistencia, acostumbrado a largas travesías, fuerte y obediente, pero en aquel enorme desierto rojo parecía haber llegado al límite de sus posibilidades. Resoplaba una y otra vez mientras su marcha se reducía bajo el sol abrasador.

—Tenemos que ser fuertes. No hemos llegado hasta aquí para rendirnos, ¿verdad?

Al caballo le sonaron las tripas.

—Yo también tengo hambre. No te preocupes, estoy seguro de que no tardaremos en encontrar una aldea —trató de animarle

Sebastian, mientras miraba a su alrededor y se daba cuenta de que era imposible que existiera una zona habitada cerca.

De pronto, el caballo se detuvo.

—¿Qué te ocurre?

El animal miró a Sebastian con expresión agotada.

—No me mires así, sabes que no es culpa mía.

El caballo relinchó todo lo fuerte que pudo, que no era demasiado, ya que no tenía fuerzas ni para quejarse, y después sus ojos se cerraron pesadamente.

—No, Azal. ¡Vamos, pequeño! —trató de animarle—. Aguanta... no me dejes solo —le rogó Sebastian, acariciándole la crin.

Sus articulaciones empezaron a temblar. El caballo entreabrió los ojos para dirigir su mirada al chico-calabaza y finalmente cayó redondo al suelo.

—¡Azal! ¡NOOOO! ¡Azal! ¡Vamos, despierta! —quiso reanimarle.

El chico-calabaza se tiró al suelo y empezó a masajearle los músculos. Al ver que no surtía efecto, sacó una cantimplora de las alforjas y trató de hidratar a su compañero.

—Bebe. Venga, bebe, amigo.

El animal a duras penas podía sacar la lengua para tratar de alcanzar la boquilla de la cantimplora. Sebastian la agitó con fuerza, descubriendo que apenas quedaban un par de gotas de agua. Después, se deshizo del recipiente con frustración y abrazó al caballo.

—No te mueras, ¿vale? No me dejes solo. Por favor Azal, no me dejes tú también.

El caballo empezó a jadear, como si hubiera corrido una maratón. Estaba exhausto. Sebastian comprobó que la piel del animal estaba ardiendo y después escuchó sus tripas rugir de nuevo.

Al muchacho se le encogió el corazón. Como su cuerpo estaba relleno de paja siempre había tenido un miedo atroz a los caballos. Creía que le veían como un apetitoso saco de comida, pero Azal

le había demostrado que uno de esos animales podía convertirse en un compañero noble y fiel. No quería perderlo, no quería quedarse solo otra vez.

El chico-calabaza acarició su hocico y le contempló apenado. Hacía días que él tampoco comía nada, se sentía débil y ya no le quedaba agua, pero se había prometido a sí mismo rescatar a Komori y no permitiría que ni el hambre, ni la sed, ni el calor, ni ningún otro obstáculo, se interpusiera en su camino. Estaba decidido a traerla de vuelta a Siloria. Sana y salva. Costara lo que le costara.

Pero el chico aún no estaba preparado para tomar una decisión así. No era la primera vez que se le pasaba por la cabeza dejar morir al caballo para alimentarse con su carne. Sabía que con un sol tan intenso no le resultaría difícil cocinarlo, y con lo grande que era tendría comida más que suficiente para acabar de atravesar aquel interminable desierto de dunas rojas.

Cualquier vampiro, hombre-gato o humano habría sido lo suficientemente egoísta para sacrificar a Azal, pero él no podía dejarlo morir de hambre.

Sólo tenía una opción.

El chico-calabaza sacó un cuchillo de entre las alforjas del animal y se hizo un pequeño tajo en la barriga.

El cuerpo de Sebasthian estaba relleno de paja y, aunque sentía dolor, no le afectaba de la misma forma que a un humano. El sacrificio valía la pena, no tardaría en recuperarse del corte.

Sebasthian arrancó un puñado de paja y se lo ofreció al caballo.

—Venga, come, amigo. Recupera tus fuerzas. Aún nos queda mucho camino por recorrer —dijo, forzando una sonrisa mientras soportaba el intenso dolor en su tripa.

Entonces, el sol se apagó.

Y todo quedó a oscuras.

Sebasthian dejó de sentir dolor, hambre y sed.

A CIEGAS

ZIGO SE HABÍA acostumbrado a la oscuridad. Seguía completamente ciego y aún llevaba la misma venda en los ojos que se había fabricado con un retal del vestido de Murai, la hija de El Duque.

El zorro había aprendido a guiarse por sus instintos. A reconocer sonidos, olores y texturas. Estaba descubriendo que en el mundo hay muchas sensaciones que se pierden por pereza. Que la gente sólo cree en lo que ve, olvidando que el viento es invisible y sin embargo todos saben que está ahí.

Olía a algo delicioso. Quizá era estofado.

El chico-zorro estaba acostado en un lugar mullido y caliente. Sintió el tacto de las sábanas, eran suaves y olían a jazmín. Zigo sonrió, por primera vez en mucho tiempo había descansado de verdad.

Definitivamente era estofado. Olía a patata hervida y zanahoria.

El zorro trató de ponerse en pie, pero no tardó en tropezar con algo que no supo reconocer, probablemente un cuenco de madera. Cuando recuperó el equilibrio, olisqueó una vez más el delicioso estofado y sus tripas rugieron con fuerza.

—¿Ya te has despertado? —dijo una voz cálida como el fuego que oía crepitar en una chimenea.

—¿Quién eres? —respondió Zigo, algo asustado.

El zorro se concentró y trató de desenredar la maraña de olores que flotaban a su alrededor. Separó el jazmín de las sábanas, después evitó el olor a carne, patata y zanahoria. Por fin, reconoció un aroma diferente. Olía a fruto seco.

A almendra.

No. A avellana.

—No te preocupes muchacho, no voy a hacerte daño —rió la voz, evidenciando que era una mujer mayor—. Te encontré en el bosque. Habías perdido el conocimiento.

Zigo no dijo nada. Esta vez se concentró en su timbre. Trató de reconocerlo, pero le fue imposible. Sin duda, era la primera vez que lo escuchaba.

Oyó un paso y después un golpe seco. Otro paso y otro golpe seco. «¿Haund?», pensó el zorro. No, imposible. La pata de palo del pirata loco sonaba igual, pero aquella no era su voz. «Utiliza un bastón», dedujo finalmente.

El suelo era de madera y crujía con cada nuevo paso. La mujer se estaba acercando y él se sentía cada vez más inseguro.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo —le calmó, tocándole la espalda.

Aquella mano tenía un tacto agradable. Estaba caliente, pero no llegaba a arder. Aún era suave, pero sentía los años en los surcos de su piel. Era una anciana. Una abuela que olía a avellana, se apoyaba en un bastón y, al parecer, cocinaba unos estofados deliciosos.

Ya no la temía. El zorro se relajó y por fin dijo:

—Gracias.

Se hizo el silencio. Las llamas seguían chisporroteando en la chimenea.

—Gracias por... la cama, y todo eso —repitió, esta vez siendo algo más concreto.

—No hay de qué, muchacho.

De pronto, el zorro sintió algo ardiéndole entre las manos.

Metal.

Un cazo.

Rápidamente, se acostumbró al tacto y su nariz reconoció el intenso olor del estofado.

—Vamos, come algo, has estado delirando toda la noche.

Zigo tanteó el borde del cazo para encontrar una cuchara de madera. No le fue difícil empezar a sorber el caldo y disfrutar del gusto de la zanahoria hervida. Cuando no puedes ver lo que comes cada cucharada es un interrogante, cada sabor una sensación inesperada. A ciegas, algo tan sencillo como alimentarse se convertía en toda una aventura.

Un paso, después un golpe seco. Otro paso y otro golpe seco. Luego, una estructura de madera crujiendo. La anciana había tomado asiento.

—Cuéntame, ¿quién es Murai? En tus sueños no has dejado de hablar con ella.

Zigo dejó la cuchara cuidadosamente en el borde del cazo y recordó el rostro perfecto de la hija de Verne.

—Ella...

La estructura de madera crujió de nuevo, esta vez formando una especie de ritmo. Probablemente se trataba de una mecedora.

—Ella... —repitió, tratando de disimular el tembleque de su voz—. Ha muerto, señora.

Al zorro no le fue necesario observar el rostro apenado de la anciana, ya que la silla dejó de mecerse y su sonido fue sustituido por el de una respiración entrecortada.

Zigo bajó la cabeza y murmuró: «Ella ha muerto... y ahora tengo que vengarla».

La anciana suspiró profundamente. Después, el zorro cerró el puño con fuerza y dejó caer el cazo de estofado al suelo.

SANGRE

GRIMO AÚN se sentía culpable por haber herido de gravedad a Edile. El chico-desarticulable creyó combatir contra El Cuervo, un peligroso asesino, pero cuando le quitó la máscara descubrió a la princesa vampira. A Edile. Su Edile.

Y nunca se lo perdonaría.

—Te pondrás bien —le susurró apenado.

La vampira entreabrió los ojos y observó de cerca al muchacho. Ella no veía a un asesino, sino a su salvador. Gracias a él había despertado del trance al que le sometía la espada eléctrica de su padre y ya no tendría que destruir Siloria ni matar a sus amigos.

No le había quitado la vida, se la había devuelto.

—He hablado con Yeya, Birton y Niime. Todos me han dicho lo mismo... que no vas a morirte, pero tampoco a recuperarte —explicó Grimo, tratando de suavizar las cosas—. Eres una vampira y una herida no puede acabar contigo, así que he llegado a la única conclusión posible: esa espada te está consumiendo por dentro de la misma forma que pudrió tu casa o envejeció tu rostro antes de que la esclavara.

A Edile le pareció un razonamiento de lo más acertado, pero seguía sin poder articular palabra. Le habría gustado decirle que tenía razón, que le estaba agradecida por todo lo que había he-

cho, que confiaba en él y en todas sus decisiones, pero tuvo que limitarse a parpadear.

—He intentado separarte de la espada varias veces. Me la he llevado lejos, la he enterrado e incluso la he lanzado al mar, pero resulta completamente imposible deshacerse de ella. De una u otra forma siempre acaba volviendo a ti.

Para Edile, aquello no era nada nuevo. Ya había pasado por eso, había sentido exactamente la misma frustración que el chico-desarticulable.

—Sólo tenemos una opción: destruirla. Aún no sé cómo, pero estoy seguro de que existe algún modo de acabar con ella.

La vampira hizo acopio de todas sus fuerzas y asintió levemente con la cabeza. Después, a Grimo le pareció reconocer un amago de sonrisa y él le correspondió.

—Por eso tenemos que encontrar al hermano de Raspa. Él me dijo: «*Cuando el destino te alcance, ve a ver a mi hermano*» —le citó—. No entiendo cómo es posible, pero... sabía que esto iba a pasar. Estoy seguro de que ese Padmio nos dará una respuesta.

Edile observó detenidamente las facciones de Grimo, comprobando una vez más que se había hecho mayor, que aquel pálido niño de mirada irisada que conoció en Siloria había crecido para convertirse en un verdadero aidún. Ahora, sus ojos transmitían seguridad.

Admiró la lealtad de su amigo, que no la había abandonado ni siquiera en los momentos más difíciles, y después maldijo su suerte. Edile deseó haber muerto para evitarle todo aquel sufrimiento.

—Bebe un poco. Necesitas descansar —dijo el chico, mientras le acercaba una taza de sangre.

Edile cerró los ojos y la boca tan fuerte como fue capaz. No quería volver a probar la sangre, ni siquiera en una situación como esa.

—Vamos, sólo es sangre de cerdo.

La vampira miró fijamente la taza y reflexionó sobre ello. Había decidido rechazar ese veneno. Aunque sabía que la revitalizaba, también la convertía en dependiente. Una vez probada, era muy difícil rechazarla. El organismo cada vez pedía más. Era como una droga por la que, tarde o temprano, acabaría matando.


—No —musitó la muchacha con un hilo de voz apenas audible.

Grimo se alegró al escuchar a la vampira y después contestó.

—Bien. Como quieras, pero no puedes pretender mantenerte a base de manzanas —le recriminó—. Ya sé que los vampiros funcionáis de otra manera y todo eso, pero... lo he visto, cuando bebes sangre te cambia el color de la cara. Creo que, aunque no te vaya a curar, por lo menos alivia tu dolor —razonó—. Deberías intentarlo.

La princesa vampira comprendió las buenas intenciones de su amigo, pero no estaba preparada. No quería volver a caer en la trampa. Sabía lo que significaba sentir la sed y las atrocidades que los vampiros habían cometido por su causa.

UN FUTURO INCIERTO

 **B**IRTON REUNIÓ a Niime y Yeya en la taberna de Tío Gon. Estaba desconcertado. ¿Por qué Komori no había vuelto? ¿Adónde se había ido su roble? El erizo no dejaba de preguntarse, una y otra vez, qué significaba todo aquello.

—¿Estás seguro? ¿El roble? —preguntó extrañado el tabernero, mientras sacaba brillo a un juego de jarras de cerveza.

—Se ha esfumado. ¡Sin más! —insistió Birton—. Apenas ha dejado un agujero.

—Pero... eso no tiene ningún sentido. ¿Cómo va a marcharse un roble? —murmuró Tío Gon.

Yeya se puso en pie y empezó a cavilar mientras recorría la taberna a zancadas.

—Ciertamente, es un suceso de lo más extraño, pero no debemos olvidar que no era un roble común, proviene de una semilla encantada.

—Sí, de eso no hay duda —coincidió el erizo.

—¿Quién sabe? Puede que estuviera falto de atenciones, o que, sencillamente, se haya cansado de estar plantado siempre en el mismo lugar —razonó la hirba.

—Es un árbol. Eso es ilógico —opinó el tabernero.

—Por supuesto que lo es. ¡Es magia! La magia no se rige por la lógica, obedece a unas leyes muy diferentes a las nuestras.

Todos callaron para reflexionar sobre las palabras de la dueña de la tienda de fragancias. Finalmente, Birton concluyó:

—El árbol no me preocupa.

Tío Gon dejó de fregar una de las jarras y le miró con atención. Todos sabían a qué se refería.

—Komori no ha vuelto —suspiró Niime.

—Ni Sebastian —recordó Yeya—. Hace más de un mes que la verdadera Semilla fue en su búsqueda y tampoco ha regresado.

—Debemos asumir que están bien, pero no tener noticias de ellos me inquieta. Por fin sabemos quién podría ser nuestro salvador, quién puede detener la guerra que se avecina. ¡Pero desconocemos su paradero! —reflexionó el erizo en voz alta.

Yeya dio un par de zancadas hasta situarse frente al leyendador de Siloria, y entonces trató de tranquilizarle:

—Confía en ellos. Nos han demostrado que no se dan por vencidos fácilmente. Seguro que saben lo que se hacen.

El erizo tomó asiento y ajustó las gafas sobre su hocico. A Niime no se le pasó por alto el nerviosismo de su marido y revoloteó a su alrededor como un colibrí, sentándose finalmente sobre uno de sus hombros.

—Vamos, Yeya tiene razón. Ya la conoces, Komori es fuerte. Todos lo son.

Birton arrugó la frente, preocupado, y después suspiró.

—Estoy seguro de que no tardaremos en recibir noticias —dijo el tabernero—, pero, pase lo que pase, debemos estar preparados.

Yeya se acercó a la barra y escrutó los ojos de Tío Gon. Se conocían desde hacía muchos años y sabía perfectamente lo que estaba insinuando.

—¿Estar preparados? ¿De verdad crees que tenemos que activar el plan de emergencia? —se aseguró la anciana.

Tío Gon bajó la cabeza y dijo:

—¿Qué otra alternativa nos queda, Yeyassar?

AL OTRO LADO DEL MURO



A BRUJA se había acostumbrado a la oscuridad de su celda. La humedad le calaba los huesos y el sonido incesante de la gotera había dejado de ponerle de los nervios. Una hogaza de pan, tres cucharadas de arroz y un poco de vino era toda la comida que le servían. Una vez al día. Y el sonido de alguien rascando al otro lado del muro, su único entretenimiento.

En más de una ocasión había tratado de hablar con el recluso del otro lado, pero la voz de su interlocutor le llegaba lejana y, cuando procuraban alzarla, el guardia los mandaba callar.

Komori no dejaba de preguntarse cómo había acabado en esa situación. Recordaba la huida de la Grieta y su entrada en la ciudad de los hombres-gato.

Cuando encontró los grandes portones de piedra con idéntica forma a su broche de gato, empalideció por completo. No podía entender qué tipo de relación podría haber entre su sombrero y la entrada a esa ciudad. Después, las puertas se abrieron y observó estupefacta cómo cientos de hombres-gato portaban un gran trono sobre sus hombros. El emperador y Ceniza, el príncipe, la estaban esperando.

«*Bienvenida, hija mía*». Nuevamente, Komori escuchó esas tres palabras retumbando en su cabeza.

La bruja se quedó sin habla. ¿Hija? Esperaba muchas cosas

de un Gato, pero no un vínculo familiar. De ningún modo podía ser su padre.

Komori rechazó el saludo y clavó la mirada en sus amenazantes ojos felinos. Luego, imaginó que abrazaba a Búcaro e infló de valor sus pulmones para decir: «No soy tu hija. He venido a negociar».

Cartán soltó una sonora carcajada y después la sentenció.

—El emperador de los Gatos no negocia —dijo con firmeza—. ¡Encerradla!

Sin derecho a réplica, instantes después le vendaron los ojos y se la llevaron a esa celda fría y llena de moho.

El prisionero del otro lado del muro seguía rascando la pared con fruición. Al principio, Komori pensó que sólo era una rata, pero después escuchó un lejano hilo de voz que trataba de comunicarse con ella. ¿Quizá su abuela?

Pensar que Soldna podía estar tan cerca le resultó de lo más esperanzador. Komori puso la mano en la pared y sintió su tacto frío y húmedo. Imaginó que era el rostro de su añorada abuela y acarició uno de los ladrillos con nostalgia.

La bruja pensó que estaba perdiendo la cabeza. Llevaba demasiado tiempo encerrada en aquella diminuta celda. ¿Quizá era ése el verdadero objetivo de los Gatos? ¿Volverla completamente loca?

El sonido cada vez se hacía más intenso. Komori consiguió identificar el roce de una cuchara de metal rascando la piedra del muro. El prisionero la había convertido en una improvisada pala, pero, ¿con qué objetivo?

—¡Eh!

Komori cerró los ojos y pegó la oreja a la pared. Le había parecido que la llamaban.

—¡Eh! Tú... —escuchó de nuevo.

La bruja tanteó la pared, tratando de encontrar el punto exacto del que provenía la voz, pero antes de localizarla apareció una pequeñísima abertura entre dos ladrillos.

—¡Psss! —volvió a insistir el prisionero del otro lado.

Esta vez lo escuchó con cierta claridad, pero el guardia no tardó en levantarse y vociferar:

—¡No quiero oír nada más que vuestra respiración! ¿Ha quedado claro? Si alguno de vosotros me desobedece os dejaré una semana sin comer —gritó malhumorado.


La bruja lo dio todo por perdido. No podían ignorar al guardia, ya que poseía el excelente oído de un felino, pero, de pronto, algo se asomó entre la abertura de la pared.

Komori no tardó en comprender que aquello era un jirón de tela azul, y lo estiró. El recluso había utilizado parte de su indumentaria para escribirle una nota a la bruja: «*¿Quieres ayudarme a escapar?*».

Al principio, la muchacha dudó. Quizá era una trampa, un ardid de los Gatos para ganarse su confianza y descubrir dónde había escondido la cáscara de la Semilla que tanto ansiaban poseer. Después, Komori concluyó que, efectivamente, estaba empezando a perder la chaveta. El prisionero había escrito aquella nota con el vino que acompañaba la comida, y el trozo de tela estaba tan deshilachado que evidenciaba lo mucho que había sufrido su interlocutor.

Komori no lo pensó más y decidió confiar en él. No tenía otra opción. Después, utilizó la misma pluma con la que escribía en su diario para contestar en el dorso de aquel pedazo de tela: «*Lo intentaré*».

LA TIERRA SECA

EBASTHIAN aún estaba aturcido. No podía recordar nada, sólo el silencio y la oscuridad que le había invadido justo después de alimentar a su caballo. El chico-calabaza abrió los ojos con pesadez y entonces soltó un gran alarido.

Se había dado un buen susto. En el suelo descansaba una espantosa máscara hecha con los cráneos de distintos animales.

—Temía que no despertaras nunca —dijo una voz que no pudo identificar.

Antes de contestar, Sebastian observó a su alrededor y pensó que aún estaba soñando. El lugar estaba tenuemente iluminado, sólo podía distinguir una silueta sentada en la penumbra y lo que parecía una estancia decorada con toda clase de huesos. Algunos esculpidos y otros aún cubiertos con restos de carne seca.

—¿Dónde estoy? —se atrevió a preguntar mientras se ponía en pie.

—En mi refugio. Has tenido suerte... te golpeé en la cabeza, pero al parecer no lo suficientemente fuerte.

El chico-calabaza reaccionó y se puso en guardia, temiendo ser atacado de nuevo.

—¿Tú me golpeaste? ¡¿Por qué?! —gritó desconcertado, mientras asía de forma amenazante uno de los afilados fémures que había en el suelo.

—Baja eso, chico. No quiero hacerte daño.

—¡Claro que no! Ya me has dejado inconsciente una vez —le reprochó Sebastian.

El hombre se incorporó y su rostro salió de la penumbra en la que se encontraba.

—Al ver tu caballo pensé que eras un bandido de la Tierra Seca. Es un buen ejemplar. No podía permitir que te acercaras a mi refugio, ¿entiendes? —dijo con voz calmada—. Fue una mera cuestión de supervivencia.

El hombre se puso en pie mostrando su cuerpo anciano recubierto por una extraña armadura, compuesta, como la máscara, por cientos de huesos entrelazados entre sí.

—¿Un bandido? —murmuró Sebastian, tratando de asimilar la información y comprendiendo, por fin, que aquel hombre no pretendía hacerle daño.

—En Kuah-dun no abunda el agua, pero nos sobran bandidos y saqueadores. Uno nunca está preparado cuando aparecen. Este es un lugar hostil en el que no nos podemos permitir bajar la guardia.

El chico-calabaza volvió a mirar a su alrededor, descubriendo que aquel lugar no poseía ni puertas ni ventanas y sin encontrar nada de valor excepto huesos y más huesos de todas las clases y formas.

—¿Qué podría querer un bandido de un lugar como este? —preguntó extrañado.

El hombre dio un par de pasos mostrando su corta estatura y una complexión escasamente desarrollada. Los años empezaban a pasarle factura y era evidente que la armadura de huesos pesaba lo suficiente como para ralentizar cada uno de sus movimientos.

—Lo que buscan todos en estas tierras. ¡Agua! ¿Qué puede tener más valor que el agua?

—¿Agua?

—Chico, soy un zahorí del desierto. Un buscador de agua. Encuentro pozos, invoco a la lluvia, cultivo cactus, extraigo el agua de cualquier cosa que pueda contener unas míseras gotas. Conozco todos los trucos y procedimientos para encontrar ese preciado líquido.

Sebastian empezó a atar cabos y comprendió que en una zona tan árida y extensa como aquella, el agua no sólo era un bien preciado, sino también completamente esencial. De hecho, su caballo había estado a punto de morir deshidratado.

—¡Azal! —exclamó el muchacho.

El zahorí pensó que quizá le había golpeado demasiado fuerte en la cabeza.

—¡Mi caballo! ¿Dónde está mi caballo? —preguntó Sebastian con preocupación, tratando de encontrar una salida desesperadamente.

El viejo empezó a carcajearse y después trató de calmarle de nuevo.

—Tranquilo, muchacho. Tu caballo está bien.

Después, el zahorí abrió una puerta camuflada en la pared y dejó entrar la intensa luz del desierto en el refugio. Azal parecía haberse recuperado. Se resguardaba en la sombra, bebiendo plácidamente de un barreño de agua.

—¡Azal! —se alegró el chico—. Pensaba que te había perdido —murmuró aliviado.

El caballo olisqueó a su jinete y después le procuró un buen lametazo en su cabeza de calabaza. Sebastian rió agradecido y luego empezó a asegurar la silla y las alforjas a su montura.

—¿Pero se puede saber qué haces, chico? Tienes que volver por dónde has venido —le dijo el zahorí.

—Aunque me haya dejado inconsciente, entiendo que ha sido un error y le agradezco que haya cuidado de mi caballo, pero debo que irme. Lo siento, no puedo perder ni un minuto más.

—¿Irte? ¿A dónde? —preguntó el viejo, mostrándole el horizonte vacío e infinito que se extendía ante sus ojos.

—Tengo que llegar hasta Has-dun.

—¡¿Es que estás loco?! Nadie puede cruzar la Tierra Seca. Los bandidos acabarán contigo, morirás deshidratado... ¡O este calor infernal te volverá completamente majara!

Sebastian se detuvo a reflexionar y después tomó una decisión.

—No, yo no puedo morir. Prometí cruzar el Margen para salvarla. Costara lo que me costara.

El chico-calabaza se disponía a marchar cuando el viejo se interpuso en su camino.

—Espera. La única forma de llegar vivo a tu destino es participar en la carrera. De otra forma, no lo conseguirás.

—¿Carrera? ¿Qué carrera? —se interesó Sebastian.

El viejo suspiró, temiendo que el destino que estaba a punto de ofrecer a su invitado no era mucho mejor que morir deshidratado en el desierto.

—Cada mes, Cratos organiza una carrera que se inicia en Valah y acaba en Yutreh. Participan aldeanos, saqueadores y bandidos de todas las clases.

—¿Quién demonios es Cratos?

—Un tirano, el dueño y señor de la Tierra Seca. ¡Escoria de la peor calaña!

—¿Y por qué compite la gente en esa carrera?

—Por el agua, por supuesto —dijo tajante el zahorí—. Los habitantes de Kuah-dun se entrenan desde niños para convertirse en excelentes jinetes, sólo así podrán participar en la carrera de Cratos y llegar hasta Yutreh, donde se encuentra el último de los lagos de Zomar.

—Así que... esa es la única forma de atravesar este desierto, ¿eh? —entendió Sebastian.

El viejo asintió.

—Desgraciadamente, Cratos no permite que nadie lo cruce. Sólo los que llegan a la meta tienen derecho a abastecerse de agua y volver a su hogar.

—¿Entonces sólo hay que llegar a la meta? ¿Ni siquiera tienes que ganar?

—La gente compite por necesidad, pero ese bastardo organiza la carrera por negocio y placer. Contrata a bandidos para que también participen, pero su función es muy distinta. Son obstáculos. Tienen los caballos más rápidos, llevan armas y son completamente despiadados. Si cumplen con su función, Cratos les recompensa con agua y dinero, pero si fallan les abandona en el desierto.

—Qué cruel...

—Los bandidos no lo ven así, para ellos es una especie de prueba de valor. Aun habiendo fracasado, si consiguen volver al punto de partida Cratos les da una nueva oportunidad y pueden participar en la carrera otra vez.

Sebastian no entendía por qué en un lugar con evidentes dificultades para sobrevivir, alguien como ese tirano se dedicaba a complicar aún más las cosas.

—Supongo que no me queda más remedio —asumió el chico-calabaza.

—Créeme, si no participas en esa carrera jamás llegarás a tu destino. Muchos lo han intentado; jinetes expertos, grandes guerreros, y todos han perecido en su intento. Este desierto encierra demasiados peligros.

Sebastian bajó la vista, comprendiendo que él no era ni un experto ni un guerrero, y que por lo tanto sus posibilidades se veían reducidas drásticamente.

—Llévame ante Cratos —dijo al fin.

—Eso no será necesario, cualquiera puede inscribirse en la carrera.

—Entonces, perfecto.

—Sí, pero... no puedes presentarte así.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, ¡mírate! ¿Un muchacho con una calabaza por cabeza? No das miedo precisamente.

—¿Y por qué tendría que darlo?

—En esa carrera compiten toda clase de forajidos, si descubren que eres débil, no dudarán en ir a por ti —le explicó el viejo—. Acabarán contigo en la misma línea de salida. O das miedo... o pasas desapercibido, y creo que, en tu caso, eso sería realmente difícil.

Sebastian bajó de su caballo y después se mantuvo pensativo. En ese momento habría dado lo que fuera por poderse convertir en Balthasar a su antojo, pero, para su desgracia, seguía sin poder controlar su transformación. Trató de encontrar una solución, pero sabía que era incapaz de intimidar a nadie.

El zahorí se le acercó, relajando su tono de voz, y dijo:

—¿Ves esta armadura? ¿Para qué crees que sirve?

El chico-calabaza se encogió de hombros. Sabía que las armaduras se utilizan para protegerse, pero intuía que el viejo esperaba una respuesta menos obvia.

—¡El mundo es una ópera, muchacho! Todos construimos un personaje que proyecte la imagen de quien creemos que somos —explicó mientras se dirigía de nuevo al interior del refugio.

Sebastian analizó detenidamente sus palabras, sin llegar a una conclusión clara.

—La gente te mira y estoy seguro de que te considera una especie de monstruo inofensivo, como la hortaliza que tienes por cabeza. ¿Cierto?

El muchacho asintió, admitiendo que el zahorí había dado en el clavo.

—Bien, pues eso es lo que tenemos que cambiar. Mírame —di-

jo el zahorí—. ¿Qué aspecto tengo? ¡Soy un viejo! ¡Un triste viejo buscador de agua! ¿Qué respeto puede tenerme un bandido sin escrúpulos? Ninguno. Para ellos, mi vida vale tanto como un puñado de arena.

Sebastian por fin comprendió a dónde quería llegar a parar.

—Esa gente juega con el miedo de los demás. Proyectan la imagen más tenebrosa que les es posible y después se aprovechan de ello —siguió explicando el viejo—. Por eso visten esas ropas negras, grandes botas con espolones y guantes recubiertos de cuero y acero. Quieren hacerte pensar que debes temerlos, que si te metes con ellos siempre serás tú el que saldrá perdiendo. Que no tienes absolutamente ninguna posibilidad.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Sebastian algo confundido.

—Crear un personaje. Convertirte en uno de ellos.

Sebastian recordó a Ula y sus extraños disfraces.

—¿Un personaje?

—Que dé miedo —puntualizó el viejo.

—¿Miedo?

—¡Mucho miedo!

—Uhhh... vale —suspiró el chico-calabaza con resignación.

LIBRE

POR PRIMERA vez desde que la recluyeran en aquella sucia celda, Komori creía tener una posibilidad real de fugarse. Ahora contaba con un aliado; el misterioso prisionero que se encontraba al otro lado del muro. Ya no estaba sola, podía comunicarse con él a través de breves escritos en jirones de ropa que filtraban por la estrechísima abertura de la pared.

A lo largo de las últimas semanas, la bruja había estado pensando en cientos de maneras de escapar, pero todas sus ideas consistían en planes extremadamente difíciles de llevar a cabo. Debía tener en cuenta que en la tierra de los Gatos no había apenas *koffies* que canalizaran la magia y, por lo tanto, no podía hacer uso de ningún conjuro. Asimismo, los guardianes de la prisión eran hombres-gato con un oído muy fino, una vista de lince y una agilidad sin igual. No podía engañar al guardia y escapar sin más, sería como soltar a un ratón en un laberinto lleno de trampas y depredadores. No sobreviviría.

Komori sentía su cuerpo claramente debilitado. La dieta que había seguido durante todo ese tiempo no le bastaba más que para mantenerse en pie. La bruja se acercó a la robusta puerta de hierro macizo y examinó cada una de sus juntas, tratando de encontrar algún tipo de falla, pero aquella era una obra perfecta, el herrero que la forjó no cometió ningún error que ella pudiera aprovechar. Era una puerta sin fisuras y apenas oxidada.

Las paredes eran igualmente muy resistentes. Komori no podía decir cuánto tiempo pasó el recluso de la otra celda abriendo esa fisura en la pared, pero le constaba que hacía más de tres semanas que lo intentaba, ya que el sonido de la cuchara rascando le había acompañado desde el primer momento.

La ventana era su última opción, pero estaba demasiado alta. Así que, por descarte, llegó a la conclusión de que sólo existía una forma de salir de allí: esperar a que el guardia abriera la puerta.

La bruja estuvo dándole vueltas a la cabeza durante varios días mientras intercambiaba ideas con el prisionero del otro lado del muro: *«Podríamos hacer una cuerda con nuestra ropa y saltar por la ventana»*.

«Nos sería imposible doblar los barrotes y, aunque lo consiguiéramos, lo más probable es que estemos en lo alto de una torre y no podamos descender por la fachada».

Komori pensó en otro plan: *«Podríamos declararnos en huelga de hambre»*.

«Nos dejarían morir o, en el mejor de los casos, nos obligarían a comer a la fuerza».

Finalmente, su interlocutor dijo: *«El guardia abre la puerta a la hora de comer»*.

La bruja comprendió que, efectivamente, cada vez que les servían la comida esa puerta se abría. No era necesario cavar un túnel, escalar hasta la ventana, ni reventar los barrotes. La clave estaba ahí, en la hora de la comida, así que el problema se reducía a: ¿Cómo burlar al guardia?

Las ideas volvieron a fluir a través del muro:

«Podríamos cegarlo echándole vino en los ojos».

«Empujémosle».

«Intentemos sobornarle».

Todas las ideas eran válidas, pero ninguna viable. Los dos prisioneros sabían que el vino sólo mancharía su traje, que no tenían

ninguna posibilidad de forcejear con el guardia y que, probablemente, no querría nada de lo que ellos pudieran ofrecerle.

Seguían en el mismo callejón sin salida que al principio, pero a través del muro se había forjado una extraña amistad. Aunque su conversación se limitara a escuetas frases escritas en gastados jirones de ropa e ideas de fuga completamente irrealizables, tanto Komori como el prisionero del otro lado se habían unido por una causa común, y eso les reconfortaba. Ninguno conocía la identidad del otro. Podrían ser hombre o mujer, niño o niña, humano o Gato, incluso nieta y abuela. Desconocían los crímenes que el otro había cometido para acabar encerrado en esas celdas... y no les interesaba. Nada de eso era importante, porque ambos se habían unido para conseguir un mismo fin: la libertad.

En ese momento, Komori escuchó girar la llave en el cerrojo de su puerta. Los pasadores se desbloquearon y la puerta rechinó.

—Eres libre —se limitó a decir una voz rasposa.

www.elmundodekomori.com